

EL PAÍS

S

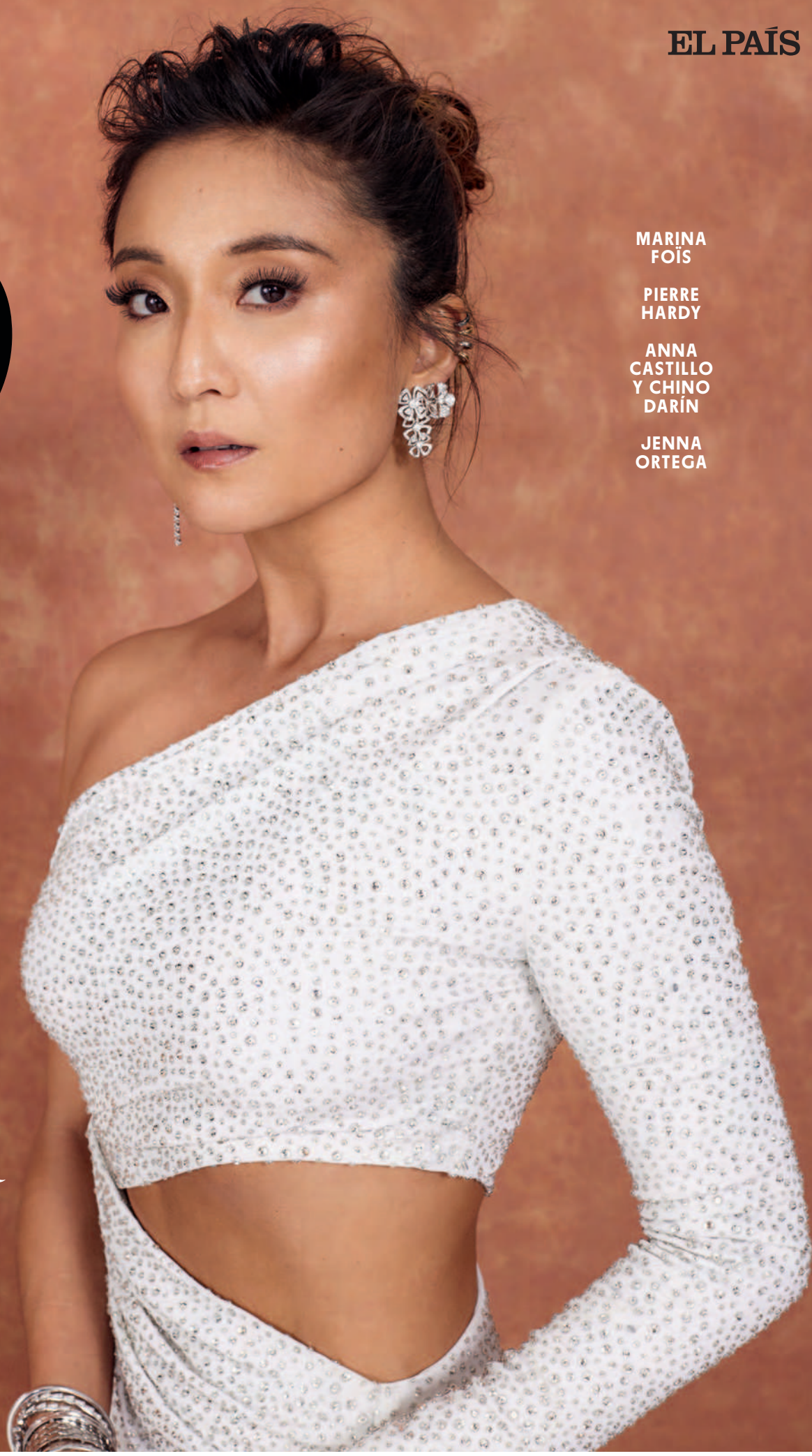
MODA

MARINA
FOÏS

PIERRE
HARDY

ANNA
CASTILLO
Y CHINO
DARÍN

JENNA
ORTEGA



Sabia ligereza

Ashley Park o por
qué es posible tomarse
muy en serio la vida y
no tanto a una misma



Anabel Vázquez

QUIERE A TU ESPEJO

“¿Me das un masaje y me cuentas cosas?”. Esa fue la pregunta que me lanzó Julieta. Ella, a sus nueve años, expresaba así, con una precisión digna de Annie Ernaux, lo que yo aún pido dando rodeos. Masajes e historias: poco más le exijo a esta cosa que nos pasa llamada vida. Si pudiera elegir un talento, además de escribir como la susodicha, cantar como Ana Belén y bailar como Cyd Charisse, sería dar masajes. Masajearía a todos mis seres cercanos e, incluso, a alguno lejano. Como no es el caso, regalo cuidados, que es una manera de ofrecer piel, sensualidad, tiempo. ¿Suena cursi? Sí. Adelante con la cursilería: siempre renta más que el cinismo. Hace poco, tumbada en una camilla de The Beauty Concept, Eva me dijo mientras me aplicaba vendas hidratantes en la piel para prepararla para el invierno: “La gente cada vez quiere más manos”. Hablábamos de las bondades de la aparatología en el mundo de la estética, pero nos deshacíamos al mencionar los tratamientos manuales. “Son modas”, afirmaba con conocimiento de causa. Y yo me atreví con la teoría barata de que en estos tiempos necesitábamos ser tocados.

Si las manos se unen a las historias el regalo es doble. Estuve en Umbria, en Reschio, un lugar que solo se parece a sí mismo. La bodega del castillo se había transformado en *spa* o *bathhouse*, que suena menos manoseado; hablamos de un lugar del año 900 inspirado en los rituales de los antiguos baños romanos. Recibí un tratamiento interesante: me cepillaron de la cabeza a los pies. Las ventajas del cepillado en seco son muchas: estimula el sistema linfático, la circulación, deja la piel suave y la energía en su sitio. Si esto, además, se hace envuelta en historia y a la luz de las velas, las virtudes se disparan. Igual ocurre en Marrakech o Turquía cuando se reservan dos horas para entregarse a un *hammam*. No se trata de salir limpia, sacudida y nutrida, sino



“Siempre tenemos algo que contar. Mimemos las palabras, los tonos, los silencios”

de tumbarse sobre mármol y absorber unas gotas de cultura a través de la piel. El Rosewood Villa Magna ofrece este ceremonial sin salir de Madrid. Un *hammam*, un facial y un masaje relajante son regalos ganadores, aunque se dice que hay gente que prefiere no ser tocada. Lo entiendo (acción que realiza el cerebro) aunque no lo comprendo, que es algo que se lleva a cabo desde el corazón. Las historias, en cambio, gustan a todo el mundo. Son un regalo y, además, gratis, algo que se agradece en época inflacionista. Siempre tenemos algo que contar. Mimemos las palabras, los tonos, los silencios. Escuchemos las historias de otros, porque están compartiendo un pedazo de sí mismos y de su tiempo, que es el regalo definitivo. Cuando era adolescente no sabía hacer nada especial, solo soliviantar a mis padres y contar películas. Reunía a mis amigos y les relataba la última que había visto. Recuerdo una tarde en la que elegí *Quince años recién cumplidos*, que era de Sophie Marceau y terminaba con un beso en un andén. Ahí asomaba mi naturaleza pedante y arrebatada que nunca he dejado de cultivar: he empezado citando a Annie Ernaux. Y voy a terminar citando a Alejandra Pizarnik. Ella escribió: “He tenido muchos amores, pero el más hermoso, dije, fue mi amor por los espejos”. Esto me tiene hablando sola, como dicen en Andalucía. Solo si quiero al reflejo de mis espejos podré querer a los demás. Lo que veo en ellos es a alguien que recibe y regala cuidados y recibe y regala alguna que otra historia. Creo que sí amo a mis espejos. ●

Anabel Vázquez es periodista. ¿Sus obsesiones confesas? Las piscinas, los masajes y los juegos de poder.